

Persépolis

Este es el aeropuerto de un país desconocido; este país que es una referencia de la que siempre se habla en la escuela con las amigas, en secreto, a escondidas de las maestras sabueso, o en la cocina de la casa con los papás y la abuela, en la clandestinidad de una fiesta; un país en el que una está segura jamás habrá de posarse a pies desnudos en su suelo, y, sin embargo, se está aquí, con la incertidumbre y el temor como ropajes, ella, tú, yo, la joven hermosa, la chica que viaja sola, con su traje negro, como de luto perpetuo, con los ojos hirviendo de lágrimas densas (unas), ligerísimas como vaho de un dios antiguo (otras). Ella es una viajera que aguarda, aguarda y aguarda con un porvenir ciego por delante, sin alternativas inmediatas, sin paz en el corazón porque huye de la guerra. Ella no tiene con quién hablar más que consigo, o con los fantasmas de sus muertos, enterrados en la matriz de su patria que ahora es una amenaza, su entrañable *Persépolis*, hablar quizá con quienes fuera ella misma apenas hace unos días, hace unas horas, hace un par de décadas.

El que transcurre es el tiempo perdido en la sala de espera de un país donde se habla un idioma que después del cataclismo de Babel resulta una imposibilidad, un distanciamiento, donde el horno de todos los desiertos del Medio Oriente, las infinitas planicies iraníes, su cielo y sus bosques, son tachados por la asepsia de este aeropuerto helado de un país helado que nos mira con sospecha porque el extranjero aquí es una amenaza supuesta, por más que seas tú una mujer trágica, una jovencita desvalida, una niña extraviada.

Marjane está sola, muy sola, en el abandono desgarrado del exilio, rodeada de extraños que la miran como una extraña, porque ella misma extraña todo lo que le precede, un puñado de años que pudieran parecer apenas un suspiro ligero, un latido del corazón de la historia, pero que a ella le pesan increíblemente en este momento de añoranza, pesan como si fueran la historia misma del mundo, porque hay días y minutos que son la suma de siglos, siglos y su ruptura, sí, la devastación de esos siglos. Instantes en que la esperanza de un pueblo arrasado a perpetuidad por la locura y la tiranía levanta el rostro y se atreve a imaginarse distinto, libre, con el poder de decidir sobre sí mismo. El futuro aquí, en nuestras manos, ¡Dios mío! Pero el Poder es una bestia que se defiende a sí misma con sus rabiosos galgos morados, y la vigilancia y el castigo arrasan, fusilan, torturan, mutilan, violan a los hermosos hombres y a las mujeres milagrosas que se imaginaron el futuro vuelto presente: los socialistas de la utopía imposible, los militantes y las activistas de la renovación. Sin embargo la revolución socialista cambia de rumbo por la revolución islámica y sus sangrías y el horror, la denuncia y la prohibición del fundamentalismo son hojas afiladas que trazan círculos en torno de los hijos y las hijas. Y a esta tragedia se suma la guerra contra los vecinos. ¿Qué más nos espera?

Marjane, entonces, debe ponerse a salvo y cruzar las fronteras de su hogar para perderse en los atolladeros de la vida ajena. Pero ella apenas puede hacerlo lejos de papá y mamá, lejos de la abuela, de esa mujer universal, total y sabia, cuyos senos enormes amamantarían al mundo con su olor a flores frescas. ¿Dónde estás, abuela? ¿Por qué cuando más falta nos hacen los árboles colosales, ya se han ido? ¡Abuela, ven por mí, tengo miedo!

En el bellissimo y doloroso y feliz filme *Persépolis*, Marjane está sola, hablando con sus muertos, porque ella, la que hablara con el Todopoderoso, le dio la espalda a ese mismo Dios que permite la injusticia, que anima la estupidez de los tiranos, o que es incapaz de nada que vaya más allá de hablar con los niños, con esos hijos del hombre que tarde o temprano dejarán de hablar con la divinidad, porque el mundo es inclemente, cruel y no permite más arrebatos místicos que las diatribas de los sacerdotes del pecado, en las iglesias del terror y en los campos de entrenamiento de los asesinos de los hijos del hombre.

¿Puede más la puta maldad, la intolerancia del Poder, que la frágil belleza de una chica que llora al hablar con su abuela muerta en las bancas de un aeropuerto frío y hostil?

Persépolis es la historia del mundo contada por el lado femenino del mundo. *Persépolis* es la belleza de la vida venciendo el espectro odioso de la muerte y sus miedos, sí, porque la verdadera divinidad es mujer. ¶

PERSÉPOLIS

Francia-Irán, 2007.
Dir. Marjane Satrapi y
Vincent Paronnaud.
Con Chiara Mastroianni
y Catherine Deneuve.

* Músico, cineasta y escritor. Fundador de *Botellita de Jerez* e integrante de *El Palomazo Informativo*